

LA PREDICACION Y LA CATEQUESIS COMO SERVICIO DE LA PALABRA DE DIOS

TEOFILO CABESTRERO

¿«Qué» hemos de decir? Esta es la gran pregunta, la primera, la decisiva para acertar en la predicación y en la catequesis. El fondo, el objeto, el contenido de la predicación y la catequesis, lo que tenemos que decir, comunicar, proclamar y explicar, es algo tan peculiarmente original, que condiciona hasta el modo o forma de decirlo. La Palabra de Dios condiciona nuestro decir, para que nuestras palabras sirvan en verdad la Palabra de Dios. Al fin y al cabo, la predicación y la catequesis son «servicio de la Palabra de Dios».

De esto se trata. De conocer la naturaleza y las leyes generales de la predicación y la catequesis como servicio de la Palabra de Dios.

Además, es que hoy está en crisis la raíz misma de la fe, el contenido, la realidad del «mensaje», de la Palabra de Dios. Y ante el ritmo febril de «secularización» en que vivimos, en el afán de la necesaria pero difícil desmitologización, nos urge analizar a fondo la verdad de la realidad que llamamos Palabra de Dios:

— analizar su naturaleza, su sentido original, radical y primero.

- ver cómo se nos ha dado en la historia esta Palabra de Dios.
- conocer sus «formas», o realidades que merecen llamarse Palabra de Dios por cumplirse en ellas de algún modo el sentido original de la misma.
- hacernos cargo de su estructura teológica y de su dinamismo.
- ver qué consecuencias tiene todo para el servicio de la Palabra.
- y, a partir de ahí, enunciar las leyes generales de la predicación y la catequesis, como servicio de la Palabra de Dios a los hombres de hoy.

Ese esquema seguimos en nuestro trabajo. Con él queremos contribuir a esclarecer un capítulo fundamental de la teología del servicio de la Palabra de Dios.

I.—CONOCIMIENTO DE LA PALABRA DE DIOS DESDE LA FENOMENOLOGIA DE LA PALABRA

1. NECESIDAD Y VALIDEZ DE LA ANALOGIA ACERCA DE LA PALABRA DE DIOS.

Cuando decimos *Palabra de Dios*, estamos hablando en «metáfora». No en metáfora de imágenes vacías, sino, como dice Söhngen, «en metáfora de gravedad metafísica», en analogía.

La palabra es un fenómeno, una realidad, humana. Al aplicarla a Dios hacemos «analogía»: queremos decir que, lo profundo y lo positivo que hay en la palabra humana como realidad personal, como acto profundamente personal e interpersonal, se ha dado en Dios respecto del hombre —y, si se ha dado en Dios, *se está dando* de un modo eminente, mucho más rico, profundo y positivo. Y decimos que Dios «ha hablado», que «habla», que tenemos su «Palabra»...

Este carácter analógico de la Palabra de Dios, nos abre en la palabra humana, como acto personal e interpersonal, un camino, una pista, para conocer la realidad que llamamos «Palabra de Dios». La analogía es lícita y es válida, y es indispensable.

Con esto no hacemos a Dios semejante al hombre, sino que nos apoyamos en que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Contamos con que tenemos en el hombre, como «persona», ser «libre», «espiritual», una huella, una imagen, una participación del Ser de Dios con dimensiones tanto más ricas y profundas cuanto más «personales» e «interpersonales» son. Además, es que, de hecho, la palabra humana es instrumento, signo elegido por Dios para expresarse, para revelarse El, para comunicarse con el hombre.

Por eso, para estudiar la naturaleza de la Palabra de Dios como contenido de la acción profética de la Iglesia, tenemos dos caminos: el conocimiento analógico de la Palabra de Dios, desde la fenomenología de la palabra «personal» humana, y el conocimiento bíblico de la Palabra de Dios, a partir de los datos revelados.

2. HAY QUE SUPERAR TODOS LOS NIVELES SUPERFICIALES DE LA PALABRA HUMANA, Y VERLA COMO SIGNO «DINAMICO» PERSONAL E INTERPERSONAL.

Para analizar la palabra humana como base de intuición o de conocimiento analógico de la Palabra de Dios, es preciso superar todos los niveles humanos en que la palabra es superficial, utilitaria, funcional. Superar la palabra que se limita a ser instrumento de relaciones convencionales, mercantilizadas, superficiales: relaciones «despersonalizadas». Superar todos los niveles en los que la palabra humana es «impersonal».

Hay que ahondar hasta situarse a ese nivel profundo en que la palabra es una realidad «personal» y personalizante: instrumento de relaciones interpersonales. Ese nivel en que por la palabra se expresa la persona y se relaciona con otro en cuanto persona.

Podemos distinguir entre una fenomenología científica y una fenomenología popular o de calle. Nos dan idea, ambas, de la naturaleza de la palabra humana, como realidad interpersonal.

A) *Síntesis sobre la moderna fenomenología de la palabra.*

En orden a una intuición de la realidad divina que llamamos Palabra de Dios, resumimos las líneas de la moderna fenome-

nología científica acerca de la palabra, recogiendo el fondo determinante de la palabra humana como realidad «personal» e «interpersonal».

La palabra humana resume al hombre como ser inteligente, consciente, libre; como ser que se sitúa en el mundo y toma en él postura y en él realiza su existencia con los demás hombres. La palabra es una realidad «personal», esencial al hombre como ser abierto al mundo y a todos los hombres, como ser que libremente hace su existencia conociendo y conociéndose, poseyéndose, expresándose, comunicándose.

La palabra forma parte de la hechura del hombre como ser personal e interpersonal: la palabra «es instrumento de una existencia personal y colectiva que se busca y se realiza»¹. Por la palabra, el hombre va poseyéndose a base de ir conociendo la realidad circundante e ir tomando postura ante ella; por la palabra, expresando *se*-expresa, comunicando *se*-comunica, se abre, se hace patente y se hace presente. La palabra es «acción» ante la realidad, es «presencia» en la realidad, en el mundo, ante los otros y entre ellos. La palabra es acción personal, actuación, presencia, existencia. «La palabra es mi gran gesto: mi manera excelente de "significar" el mundo, la expresión de mi modo de ser en el mundo»².

Hagamos orden en los «valores» de la palabra como realidad dinámica, personal e interpersonal:

Dimensión y valores de la palabra como realidad dinámica personal e interpersonal.

a) *Dimensiones*: La palabra como realidad personal «dinámica» tiene dos dimensiones o dos momentos:

1) *La palabra es intra-personal*; dimensión o momento de la palabra que podemos llamar «naciente»; «logos»; palabra interior que implica y trae consigo un saber, y aún más un «saber-se»,

1. VERDONCE, *Phénoménologie de la parole*, en *Parole de Dieu en Jésus-Christ*, Paris 1961, p. 263.

2. VERDONCE, o. c., p. 254; cf. MERLEAU-PONTY, *Phénoménologie de la perception*, 214.

un poseerse; presencia de uno en sí mismo; es como la hechura dinámica de la palabra que está ordenada a salir, a expresarse, a dirigirse a otro, a expresarse; y esto constituye ya el segundo momento o dimensión de la palabra humana.

2) *La palabra es inter-personal*; dimensión o momento que podemos llamar «terminal»; diálogos. En esta dimensión, en que la palabra es una realidad «terminada», completa, se despliega el dinamismo o eficacia de la palabra como *acto personal e inter-personal*. Dinamismo que engendra los «valores» de la palabra como signo eficaz de comunicación interpersonal.

b) Valores.

1. *La palabra es un modo de expresarse la persona.*

— la persona revela y manifiesta su interioridad por la palabra: revela, manifiesta, lo que piensa, lo que siente, lo que vive, lo que *es*...

— por la palabra, la persona se hace presencia abierta a los demás, y presencia activa entre los demás.

2. *La palabra es un modo de expresarse el yo para un "tú" o un "vosotros".*

— la persona no se expresa sin finalidad; se expresa para los demás. Así, la palabra es la manifestación y la expresión de una interioridad para otra interioridad. No sólo en sentido intencional sino también en sentido «causal». La palabra es el camino eficaz entre dos seres personales.

— a este nivel profundo y dinámico, la palabra es *don*: la persona ofrece, da, por medio de su palabra, algo de lo que piensa, de lo que siente, de lo que es; así, la persona *se ofrece*, *se da*.

— y por ser *don*, la palabra es *llamada*: compromete al «tú» o al «vosotros» a quien se dirige; le compromete a escuchar. Y si hablar es expresar, ofrecer y dar algo de sí —o mejor, expresarse, ofrecerse, darse, se comprende fácilmente que «escuchar»

es aceptar al que habla: aceptar lo que le manifiesta y le ofrece por medio de su palabra.

— a ese nivel, la palabra es encuentro y diálogo interpersonal. Verdadera comunicación.

3. *La palabra es, pues, un modo de actuar y obrar la persona:* por la palabra, la persona se hace presente y patente, se manifiesta y se expresa y se comunica: actúa entre los demás y sobre los demás. La palabra es así signo de la acción de la persona. La palabra es acción que comienza y compromete a la persona a obrar, a proseguir y a cumplir la acción anunciada e iniciada por la palabra. «Germen» de acción y de vida, es la palabra.

La palabra es, pues, una actividad del espíritu. Y es un modo de ser uno mismo, y un modo de manifestarse, de hacerse presente, de actuar, de comunicarse *libremente*. La palabra es un acto personal e interpersonal. La palabra está cargada de dinamismo, de fuerza. Incluso hay que admitir que la palabra personal humana tiene una cierta fuerza creadora. Si mi palabra es profunda y sincera, expresa y ofrece a otro o a otros algo de lo que yo pienso, de lo que deseo, siento, vivo, algo de lo que soy, algo de mí: y si el otro o los otros escuchan mi palabra con sinceridad y con hondura personal, reciben y aceptan eso que yo pienso, siento, deseo, vivo, soy; y eso empieza a existir en ellos por la fuerza de mi palabra, que crea en la vida de los otros algo de mi propia vida. Se participa en la vida del otro participando su palabra, escuchándole.

4. *"La palabra" supera a las palabras:* digamos que a ese nivel, «la palabra» personal supera a «las palabras». La palabra incluye el gesto, la presencia y hasta ciertos silencios.

Hay silencios que hacen la palabra. Hay silencios que son palabra: porque son presencia, son expresivos, son comunicación, son diálogo; hay ciertas profundidades de «la palabra» que no caben en las palabras y sólo pueden expresarse en el silencio. Pero también hay silencios que son negación de la palabra: porque son ausencia, rotura, negación del diálogo y de la comunicación.

Las palabras son la expresión de «la palabra» al nivel del lenguaje. El lenguaje es signo y vehículo de la palabra personal.

Hay palabras o lenguaje lleno de palabra personal. Y hay palabras o lenguaje vacío de palabra personal...

Se puede pensar en el ritmo silencio-palabra, callar-hablar.

5. *Valores y exigencias del hablar y el escuchar*: a partir de esa profundidad y ese dinamismo personal e interpersonal de la palabra, se comprende la exigencia enorme de la palabra: la exigencia que impone el hablar, y las exigencias que impone el escuchar. El drama tremendo de la «profesión de la palabra»: ¡hay que hablar! Hablar no sólo exige saber, sino que exige ser, poseerse, darse. Por otro lado, también el escuchar es de una exigencia enorme. Escuchar de verdad a alguien no es sólo oírle, ni tan sólo entenderle; es comprenderle profundamente, es aceptarle, y esto es también un modo de darse porque es un modo de comprometerse. Todo es salir de sí. Por eso, el diálogo verdadero y profundo es sumamente difícil. Todo el mundo habla y quiere ser escuchado, pero en realidad muy pocos merecen ser escuchados porque son muy pocos los que hablan con verdadera «palabra». Por otro lado, ¿cuántos escuchan de verdad? Ciertamente, entre la palabra personal auténtica y el escuchar de verdad, hay mutua influencia: la palabra auténtica se hace escuchar, y el saber escuchar es una invitación, una llamada a la palabra auténtica y profunda.

La comunicación interpersonal profunda por la palabra, se cumple a nivel del lenguaje hablado o escrito, aunque con características diferentes. En ambos niveles es esencial la relación de los «inter-locutores».

6. *Dos dimensiones de la palabra*: de esta reflexión fenomenológica sobre la palabra, se deducen dos dimensiones en la palabra verdaderamente personal e interpersonal: 1) dimensión dinámica, «personal», existencial, viva; 2) dimensión nocional, conceptual, ideológica. Sobre ésta recae la función «informativa» del lenguaje, sobre aquella, la función «comunicativa» interpersonal a nivel dinámico.

B) Fenomenología popular sobre la palabra: confirmación de sus valores.

Existe la conciencia de los valores personales e interpersonales de la palabra a nivel popular. Y se expresa en las relaciones cotidianas y hasta en el lenguaje de la calle. Se podría hacer toda una fenomenología popular de la palabra, cuyo resultado será una visión personalista y dinámica de la palabra. Reflexionaremos sobre algunas actitudes y expresiones comunes verdaderamente significativas.

1. Es de experiencia común que la persona se hace presente y patente por su palabra, que se expresa, se da a conocer y se comunica, por la palabra. Hasta el punto de que, si no habla, no se expresa, no se manifiesta, está cerrada, ausente, oculta, inactiva. Se percibe en seguida la «ausencia», el secreto, la incomunicación y el enfado, en la negación de la palabra. Negarle a uno la palabra es negarle mucho más que «las palabras»... Las personas pueden estar presentes físicamente, y hasta muy juntas, pero estando ausentes e ignorándose. Cuando dos o más personas se encuentran, coinciden, en cuanto quieren conocerse y comunicarse, están deseando romper el silencio, hablar...

2. Escuchar de verdad a quien nos dirige la palabra, es mucho más que oír sus «palabras»: escucharle es un acto de confianza, es aceptarle, es acogerle. Por el contrario, negarse a escucharle, rechazar y no admitir su palabra, es un modo de despreciarle a él...

3. Aún a distancia de lugar y de tiempo, la palabra fijada y transmitida por los signos del lenguaje escrito o grabado (a mano, a imprenta, a máquina, en carta o en telegrama, en cinta, en disco...), mientras sea palabra «personal» y se despliegue como realidad interpersonal, de forma que sea palabra «significativa» e interesante a nivel profundo para quien la recibe y la lee o la escucha, conserva y despliega su fuerza, su dinamismo de expresión de la persona, de presencia activa, de encuentro, diálogo y comunicación. Piénsese en las vivencias y fenómenos de comunicación profunda de que todo el mundo tiene experiencia a través de las cartas, telegramas, libros, cintas, etc.

4. La identidad entre la palabra y persona se descubre en numerosas actitudes y frases «vulgares», populares:

— damos crédito, o no, a las palabras, según quien las dice, según la garantía que nos merece el que habla. La palabra vale lo que vale la persona que la pronuncia, y puede lo que puede la persona que la pronuncia. Se carga del valor y de la autoridad que tiene la persona que la dice.

— las expresiones «te doy mi palabra», «me ha dado su palabra» son verdaderamente serias; expresan un compromiso personal; dar palabra es empeñar la persona; es como iniciar una acción y comprometerse a llevarla adelante.

— decir de alguien «es un hombre de palabra», «tiene palabra» es hacer de él una alabanza absoluta; es muchísimo más que decir que habla: equivale a decir que «cumple su palabra», que «hace lo que dice». En cambio, decir de alguien: «no es un hombre de palabra», «no tiene palabra», es un insulto tremendo: es decirle que no es hombre, que no es persona; no es que no hable, sino que habla demasiado, que dice muchas «palabras» pero que no tiene «palabra»: que no es sincero, que no es consecuente, que no hace lo que dice, que no cumple su palabra...

Por ahí, desde esta fenomenología popular se concluye también en la doble dimensión de la palabra como realidad personal: en la palabra hay un «decir» (dimensión nocional o conceptual, la significación), y hay ya un «hacer» (dimensión dinámica, existencial, lo significado y la fuerza y la eficacia que lo causa).

5. Todo el mundo sabe que hay palabras que hieren y matan más que cualquier arma mortífera. Lo de menos son las «palabras» con que a uno le insultan, le critican, le maltratan...; hasta es secundario oír las personalmente o no. Lo grave, lo que hiere y mata es la persona, sus sentimientos, su voluntad, su corazón, su vida, su alma, su ser, que en el fondo de las palabras hieren y matan. Y, al revés, la palabra puede salvar, iluminar, orientar, transformar una vida: tampoco aquí importan demasiado las palabras con que una persona se expresa, ni su voz, ni su lenguaje... lo que ilumina, alienta, anima, transforma y sal-

va, es la persona entera, su fondo, su amor, su comprensión, su alma, su ser, que se palpa y se siente comprendiéndole y amándolo a uno a través de la palabra.

6. Una vez dicha una palabra, no sirve de nada decir «lo he dicho sin querer», «se me ha escapado». Ya está. Lo has dicho, es un hecho: ha hecho su efecto, su mal o su bien...

C) *Intuición o conocimiento analógico de la palabra de Dios.*

Desde los valores esenciales y profundos de la palabra humana como realidad personal e interpersonal, la realidad personal e interpersonal que llamamos *Palabra de Dios*, se intuye, se conoce analógicamente como:

— un modo de hacerse Dios presente entre los hombres.

— un modo de expresarse Dios, de revelarse, de manifestar su pensamiento, sus deseos, sus planes, su voluntad, y por tanto —identidad en Dios entre pensamiento-voluntad, amor-vida, deseo-acto—, su vida, algo de lo que Dios es...

— un modo de manifestarse y expresarse Dios para los hombres. Los hombres somos el «tú» y el «vosotros» de la Palabra de Dios. (Pero, matemos; que, así como en la palabra del hombre, la orientación a un «tú» y a un «vosotros» es libre pero necesaria, en Dios su Palabra histórica es libre y no es necesaria; su Palabra o su Verbo es perfecto en sí, en la interioridad de la naturaleza divina es Persona perfectísima; manifestarse, expresarse y comunicarse «ad extra», es puro don, pura gracia. Lo que sí demuestra su Palabra orientada a un «tú» y un «vosotros», es la posibilidad eterna en Dios de manifestarse, expresarse y comunicarse, y su gratuidad).

— por tanto, la Palabra de Dios es un don.

— y si es un don, es una llamada que grava la existencia entera del hombre con el serio compromiso de «escuchar» la Palabra de Dios.

— y «escuchar» la Palabra de Dios no será sólo entenderla, sino aceptarla a El, cumplir su voluntad.

— la Palabra de Dios es un don y una llamada al diálogo y

a la comunión; y, si es «escuchada», desplegará la fuerza de crear en la vida del hombre lo que Dios le expresa y le comunica.

Se ha de dar una auténtica comunicación personal de Dios a través de su Palabra.

Presencia, revelación, llamada, don de Sí, comunicación, acción salvadora. Esto es la Palabra de Dios, conocida por analogía desde la fenomenología de la palabra humana personal e interpersonal.

— Piénsese en la omniposibilidad de Dios para realizar esta presencia, revelación, llamada, don y comunicación, en lo que es para nosotros distancia de tiempo y de lugar...

— Habrá que aplicar a la Palabra de Dios lo que decimos de la palabra personal humana, poniendo las debidas distancias, y decir que:

- . la Palabra de Dios vale lo que vale Dios.
- . la Palabra de Dios puede lo que puede Dios.
- . Dios tiene Palabra: hace lo que dice.
- . cuando Dios da su Palabra...

Lo importante, lo verdaderamente grande en la Palabra de Dios conocida así, es que se nos muestra como una Palabra-Persona, Palabra-Presencia: Persona presente y patente, activa y salvadora, abierta y generosa, en relación ya perenne, siempre actual, con nosotros.

II.—CONOCIMIENTO BIBLICO DE LA PALABRA DE DIOS

A) *Mentalidad bíblica sobre la Palabra.*

Para entender lo que dice la Biblia acerca de la Palabra de Dios, hay que comenzar por situarse en la mentalidad bíblica, semita, oriental, sobre la palabra. Cabe, exagerando las notas dominantes, limitándose a considerar lo determinante, hacer un cuadro de distinción entre la idea conceptualista de la palabra y la idea dinámica y personalista de la palabra.

En la idea conceptualista de la palabra:

- la palabra contiene, expresa, comunica, ideas, nociones, conceptos...
- la palabra es producto del entendimiento, de la región de las ideas.
- la palabra «significa» una realidad que queda del todo fuera de la palabra; ésta se limita a sugerirla.

En la idea dinámica y personalista de la palabra:

- la palabra no contiene, expresa y comunica solamente ideas, nociones, conceptos, sino también sentimientos, decisiones, voluntad, deseos, vida...
- la palabra no es producto solamente del entendimiento, sino también de la voluntad y el sentimiento, del corazón, de todo el ser, de la persona entera.
- la palabra «significa», y contiene y «causa», de algún modo, lo que significa.

La mentalidad bíblica, oriental, semita, sobre la palabra, es la dinámica y personalista ³.

B) La Palabra en la Biblia.

En la Biblia hay una visión «personalista» sobre la palabra. Efectivamente, el «dabar» hebreo tiene fuerza personal, está cargado de eficacia y se considera como un acto personal: un modo de ser y actuar la persona; vale lo que vale la persona y puede lo que puede la persona. Es como una encarnación activa de la persona.

Aquella gente veía que la palabra de la autoridad, llevada en tablas o rollos a largas distancias, se cumplía, tenía la uto-

3. ARNOLD, F. X., *Palabra de salvación como palabra al tiempo*, Estella, 1965, p. 26 ss.: «Comprensión bíblica en lugar de inteligencia griega». SCHLEBEECKX, E., *Revelación y teología*, Salamanca 1968, p. 41.

ridd personal del rey y se cumplía. A las palabras se les hacía el mismo recibimiento que a la persona de la autoridad...

— La vida y obras de Salomón se toman como sinónimos: las palabras de Salomón son sus obras (I Rey 11, 41).

— «después de estas palabras» significa «después de estos sucesos» (Gn 22, 1).

— «decir» es «hacer»; y ben-decir es hacer-bien, mal-decir es hacer-mal. De aquí la importancia decisiva que daban a las bendiciones y a las maldiciones. Una vez dichas las bendiciones o las maldiciones, son hechos, se cumplen, son irreversibles; aunque se hayan robado, aunque se hayan sacado por engaño: cf. Esaú y Jacob con Isaac (Gn 27).

— la palabra sale del fondo de la persona, es seria como ella y la califica y marca su destino (Prov 13, 3; Lc 6, 45; Mt 12, 36-37; Sal 119, 43; Sal 139, 4; Sal 45, 2; Prov 16, 24; Sant 3, 2-6.9-10).

C) *La Palabra de Dios en la Biblia.*

En la Biblia, la Palabra de Dios tiene esa fuerza «personal», de ser, expresión de la voluntad poderosa de Dios. La Palabra de Dios es eficaz, se cumple, hace lo que dice, contiene y comunica lo que significa. Del Génesis al Apocalipsis, Dios crea por su Palabra y Dios salva por su Palabra.

1.º *En el Antiguo Testamento.*

La realidad o acto personal que llamamos «Palabra de Dios» aparece como un nombrar, un llamar, un pre-decir, un bendecir o maldecir, un ordenar, que son eficaces por ser expresión de la voluntad del Señor. El A.T. atribuye a la Palabra de Dios todo el obrar de Dios ad extra.

1. Tenemos la descripción de la creación, en la que la Palabra de Dios aparece como un signo que expresa la voluntad, el deseo eficaz de Dios. La Palabra nombra las cosas y les da el ser; nombra las cosas y las cosas son; «dijo, hágase»... y... «se hizo». La Palabra de Dios aparece cargada de voluntad y de fuerza

creadora. Como una llamada al ser, una vocación a la existencia; llamada y vocación eficaz. Véase en el Génesis y en numerosos salmos. (Sal 33, 6-9; cf. Is 48, 13; Sal 9, 1-2).

2. Tenemos la Alianza, al iniciarse o renovarse, la Palabra de Dios como «promesa» y como «llamada». «Promesa» fiel, Palabra firme y eficaz que ha empeñado la fidelidad de Dios; el Sí, el Amén de Dios. «Llamada» cargada de autoridad, que compromete, y cargada de eficacia, que mueve y reúne a los hombres y a los pueblos en un Pueblo de Dios, a través de no pocas dificultades y resistencias (cf. Is 41, 8; Os 2, 16-17; Dt 7, 6; 11, 2, etc., etc.).

3. La «llamada» al Pueblo, y dentro de él, tenemos «llamadas» a distintos hombres. Las «vocaciones». Es Palabra de Dios que recae sobre un hombre determinado y lo «marca», lo señala, lo separa para aquello a que Dios le llama. Palabra de «vocación» que es eficaz; con una eficacia que, a la vez, lo compromete —palabra autorizada— y le pone en camino. Al llamar Dios a uno, a la vez que le compromete, lo hace apto para responder. Es don —iluminación, orientación, aliento, transformación— y es compromiso. En esta línea, el «vocati sancti» de Rom 1, 7: «santos por vocación»: santificados y llamados, comprometidos, a serlo...

4. En relación con la Palabra de Dios que es llamada, está la Palabra de Dios que « nombra », que pone o cambia el nombre a alguien. Esto equivale a obrar sobre él, dándole una realidad personal, una gracia, a la vez que una misión; Abrahán, Jacob, Israel...

A veces, « nombrar » tiene la fuerza de tomar posesión de, obrar sobre, consagrar, santificar... (Is 43, 1).

En esta línea está la teología del «Nombre», el misterio del «Nombre» de Yahvéh, de Jesús, del Emmanuel... El haber recibido Cristo por su Muerte-Resurrección «un Nombre sobre todo nombre»: ha recibido un ser personal, un poner, un dominio, una misión efectiva sobre todo. En toda la Biblia está destacadísimo el poder, la eficacia del Nombre del Señor; se pone de manifiesto y se despliega este poder y esta eficacia en la invocación del Nombre del Señor, en la bendición en su Nombre, en

el hablar un obrar «en su Nombre»: esto es ponerse en contacto con la persona, invocar la Persona, bendecir en la Persona, desde la Persona, con su Poder, con su Espíritu. Lo mismo el orar «en el Nombre de Jesús»: no es sólo tomar su Nombre con los labios, sino orar al Padre «en Cristo» desde Cristo, desde el fondo del ser donde el cristiano se apoya y se funde en Cristo, con el Espíritu de Cristo (Cf. Fil 2, 9-11; Act 3, 6.16; 2, 38; 4, 9-12; Lc 24, 47; Jn 14, 13-14).

5. Tenemos la Palabra de Dios que, en la bendición y en la maldición, obra, es eficaz. Maldición y bendición condicionada a la actitud del hombre. Ben-decir Dios a alguien es hacerle bien, y es hacerlo bueno con la Bondad de Dios, es comunicación personal de Dios, comunicación de su bondad. En esta línea está la teología de la «Bendición» que recorre toda la historia de la Alianza: la Bendición como Promesa que al fin se cumple en Cristo, el descendiente sobre quien recabe la «Bendición»; Cristo es el «Bendecido» por el Padre, y «en Cristo» somos «bendecidos» nosotros: el Padre nos hace bien en Cristo, nos hace buenos en Cristo con su misma bondad... María es la «ben-decida» sobre todas, el fruto de su seno será «bendito»... La «bendición» que invocamos, la «bendición que damos en el Nombre del Señor... La misma Bendición o Eucaristía, que es «acción de gracias», es «acción» eficaz, es acto: dice y hace, hace aquello que dice, aquello por lo que se hace la acción de gracias (cf. Gn 12, 3; 1, 28; 3, 14; 9, 1; 9, 26; 12, 3; Ef 1, 3; Mt 26, 26; Lc 24, 30; 1 Cor 10, 16).

6. Tenemos la Palabra de Dios en los Mandamientos, en la Ley. Las «Palabras». Es Palabra cargada de la autoridad, de la fuerza y de la eficacia personal de Dios: expresión de su voluntad. Por esto comprometen, obligan, se hacen norma, ley, camino de la vida de los hombres, conducta suya. Son Palabras que encarnan una «personificación» de Dios. Palabras que sólo se escuchan de verdad si se aceptan, si se cumplen, si se practican como aceptación de la voluntad de Dios, de El mismo. Y entonces despliegan su eficacia: iluminan, transforman, salvan la vida de los hombres poniéndola en amistad, en intimidad, en comunión con Dios (Dt 30, 9-20; 8, 1; 11, 18-32; 29, 28 ss.; Lev 18-19; Dt 27, 9-10; 2 Cron 17, 9; Neh 8, 7).

7. tenemos la Palabra de Dios eficaz en boca de los profetas. La Palabra profética. El profeta anuncia un «oráculo divino» que es Palabra de Dios. A veces pre-diciendo el futuro. Casi siempre como predicador o portador de la Palabra que ilumina, llama, compromete, juzga las situaciones concretas. En todo caso, la Palabra en boca del profeta es un acontecimiento, es un hecho, es una intervención de Dios, o la ilumina, la explicita y de algún modo la cusa: es una acción de Dios.

Cuando pre-dice el futuro, lo «hace» de antemano. El dinamismo y la eficacia de la Palabra de Dios se sitúa entonces en el cruce de las decisiones humanas; penetra como un elemento activo en la compleja acción-reacción de la historia humana.

Todas las vocaciones proféticas y todos los libros de los profetas son iluminadores acerca de esta Palabra de Dios en boca de los profetas. (Cf. Is 9, 7; 40, 8; 49, 2; 55,10-11; Jer 5, 14, 23, 29...).

La Palabra de Dios en boca del profeta, es eficaz hasta el punto de advertir el Deuteronomio que, «cuando un profeta hable en nombre de Yahveh, si lo que dice no se cumple, es algo que no ha dicho Yahveh», no es Palabra de Dios (Dt 18, 18-22). Pero no siempre es el criterio definitivo para saber si es Palabra de Dios, el hecho de que se cumpla: porque a veces se cumplen Palabras que no son de Dios, pero no se cumplen en su voluntad, en la obediencia y la fe. Podemos decir que hay Palabras que se cumplen y no son de Dios, pero que la Palabra que es de Dios, en boca del profeta, se cumple: cumplirse no es siempre criterio último para saber si es Palabra de Dios, pero el no cumplirse sí que es criterio para juzgar que una Palabra no es de Dios.

La Palabra de Dios en boca del Profeta es eficaz como no lo es Palabra alguna: Jer 23, 28-29.

Y es que hay una presencia personal de Dios en su Palabra. El la envía como un mensajero personal, El está en ella para cumplirla (cf. Is 9, 8; Sal 107, 20; 146, 15; sobre todo Is. 55, 10-11).

En resumen: la Palabra de Dios aparece en el Antiguo Testamento como un modo de manifestar y comunicar Dios su pensamiento, su voluntad, su plan, su Misterio Personal. Un modo de hacerse presente, de revelarse y de actuar. Un modo de comunicarse.

Y como su Palabra tiene la autoridad y el poder de su Persona, el poder y la eficacia de su voluntad, compromete al hombre en lo más vivo y profundo de su ser. Si el hombre responde, se abre, acepta la Palabra de Dios y la cumple, acepta la presencia de Dios, su voluntad, su acción. Y entonces la Palabra de Dios hace lo que dice, causa lo que significa porque posibilita y causa el encuentro, el diálogo, la comunión. La Palabra de Dios tiene la fuerza de crear, en la vida del hombre, lo que Dios es para él, lo que Dios le manifiesta, le expresa, le ofrece en su Palabra.

Por eso la Palabra de Dios es un acontecimiento, un suceso: donde acontece es irreversible, obra, compromete. Si la Palabra de Dios nombra las cosas, les da el ser. Si cae sobre los hombres, se hace luz, camino, norma, ley de su vida: orientación, solución, salvación: transforma su vida, la salva en Dios, se hace vida de su vivir: «vivimos de todo lo que sale de la boca de Dios» (Dt 8, 3). Moisés al despedirse dice algo importante al Pueblo: Dt 32, 47-45; un texto importante del A.T. es Sab 16, 26, muy próximo a la teología de la Palabra o del Verbo encarnado según el N.T.

2.º *En el Nuevo Testamento.*

a) *En los Evangelios* se nos describe la Palabra de Dios en la Persona y en los labios de Cristo. Puede hacerse una óptima teología de la Palabra de Dios a través del uso que hace Cristo de la Palabra, y de la enseñanza que da sobre la Palabra. Una teología en la que resultan los mismos valores de dinamismo, fuerza «personal» de presencia, de acción, de comunicación interpersonal, de salvación. Ahora, en Cristo, con mayor precisión «personal»; tanto, que es Jesucristo, personalmente, la Palabra de Dios, y esta es la gran enseñanza del N.T.

1. *en el uso que hace Cristo de la Palabra:*

— la Palabra de Dios en Cristo enseña con autoridad (Mt 7, 28; Jn 7, 46; Lc 4, 32, etc.); y está siempre en relación con los signos de poder divino que la califican como Palabra mesiánica, de salvación (Mt 9, 35; Lc 6, 17-18; Mt 13, 54; Lc 9, 2).

— la Palabra de Dios en Cristo promulga la Ley nueva; «oisteis que se os dijo... pero yo os digo...» (Mt 5, 22.28.34.39.44).

— la Palabra de Dios en Cristo llama con autoridad y con eficacia: vocación de los discípulos (Mt 4, 18-22; Mc 1, 16-20; Lc 5, 1-11; 6, 12-16; Jn 1,35-51).

— la Palabra de Dios en Cristo manda, impera, domina con fuerza irresistible el viento, las aguas, los elementos cósmicos. Es todo un signo en la línea de las teofonías. Y es una etapa nueva de la Palabra de Dios que creó: ahora hace la nueva creación (Lc 8, 22-25).

— la Palabra de Dios en Cristo cura, obra, es un acto eficaz. Signo mesiánico, de la restauración de la vida, de la Salvación (Mc 1, 25-26; 5, 41-42; 7, 34-35; Lc 4, 35-36; 5, 13.17-26; 7, 1-10.14-15; Jn 4, 46-54; 11, 41-44).

— la Palabra de Dios en Cristo perdona los pecados (Lc 5, 17-26; 7, 48-50; Jn 8, 10-11).

— la Palabra de Dios en Cristo «bendice» y consagra, su Palabra de «acción de gracias», hace del pan su Cuerpo, del vino su Sangre. O «maldice» con eficacia (Lc 22, 19-20; Mc 14, 22-24; Mt 26, 26-28; Mc 11, 12-14.20-22).

— la Palabra de Dios en labios de Jesús envía a los Apóstoles con autoridad a prolongar su misión, con tal autoridad que hace de sus palabras un anuncio de la Palabra de Dios (Lc 9, 2; Mt 10, 40; Mt 28, 18-20; Mc 16, 20).

2. *la enseñanza que da Cristo sobre la naturaleza y el poder de su Palabra.* La describe como un modo eficaz de presencia personal, de llamada, de don, de encuentro, de unión, de diálogo, de comunicación.

— acoger su Palabra es acogerle a El, rechazar su Palabra es rechazarle a El (cf. Jn 12, 48; 8, 37; 8, 43-44; 1, 12).

— su Palabra es eficaz y viva; obra, causa, purifica, santifica (cf. Jn 15, 3; 15, 10; 8, 31; 6, 63; 17, 7.17).

— su Palabra es signo eficaz de su Persona y de su Vida. Puede comunicar su Vida (cf. Jn 8, 51; 5, 24; 6, 47).

— por eso, su Palabra no se recibe como una idea, sino como una semilla de Vida divina, que, en el corazón que la recibe abierto con la fe, germina y da vida eterna (cf. Mc 4, 1-9); porque sus Palabras son vida eterna, vida divina (cf. Jn. 6, 68).

3. *Jesucristo-Palabra de Dios.*

Todos los datos y expresiones bíblicas acerca de la Palabra de Dios, en el A.T. y en el N.T., se orientan, concluyen y culminan en la designación de Jesucristo como la gran Palabra de Dios: la Palabra personal y sustancial del Padre, la definitiva Palabra de Dios a los hombres. Efectivamente, Jesucristo es la presencia plena y definitiva de Dios entre los hombres y para los hombres; la definitiva y plena revelación personal de Dios, su presencia activa y su acción salvadora definitivas; total don gratuito de sí, y sería llamada universal a los hombres para el diálogo, encuentro y comunión.

Es sobre todo San Juan quien, enlazando con el concepto veterotestamentario de la Sabiduría eterna de Dios que viene en busca de los hombres, hace la teología del Verbo. Ve al Hijo como Verbo eterno de Dios, y ve la Encarnación como expresión sensible, en el tiempo y para los hombres de ese Verbo: Palabra. El prólogo del evangelio es un capítulo fundamental, denso, definitivo para entender en esta línea teológica todos los textos que concretan el concepto dinámico, fuerte, existencial, «personalista», de Cristo como Palabra de Dios que viene a los hombres con todo el alcance comprometedor y salvífico del Dios que se revela, se hace presente, se ofrece, llama y se da (cap. 5-8; 14, 6-11; 15; 17).

San Juan lleva luego desde el Verbo —Palabra eterna, Palabra encarnada de Dios— hasta el Espíritu, el dinamismo de la realidad Cristo-Palabra. A partir de la Muerte-Resurrección de Jesús, será el Espíritu el dinamismo, la fuerza revelante y salvadora de la Palabra de Dios que es Jesucristo. Por aquí, va todo el papel de «testigo» y «consolador» con que Cristo promete el Espíritu para después de su vuelta al Padre. Y todo ello en conexión con el envío de los Apóstoles, con la puesta en marcha de la Iglesia como ámbito, lugar y momento, cuerpo nuevo del Señor. Con esto se asegura la continuidad de la Palabra de Dios en

Cristo a la Iglesia: la Palabra definitiva de Dios que es Jesucristo, es la misma Palabra de Dios en la Iglesia: Jesucristo, ahora Resucitado, Señor glorioso, salvador universal (cf. Jn 15, 16; 16, 13; 14, 26...).

San Lucas viene a unirse a esta visión de Cristo como contenido de la Palabra de Dios en la Iglesia, en boca de los Apóstoles. Todo el anuncio de los Apóstoles será dar testimonio «de mí», de El, de Jesucristo en su calidad de Salvador; dar testimonio «de estas cosas»: los Hechos decisivos en que Cristo se muestra Palabra clara y eficaz definitivamente: Pasión-Muerte-Resurrección-Juicio (Act 1, 8; Lc 24, 48).

El libro de los Hechos de los Apóstoles sobreabunda en esta misma conciencia. La Palabra de Dios que anuncian los Apóstoles, es todo lo que hizo Jesús (Act 10, 36 ss.; texto que expresa el cumplimiento en Cristo del «dabar» del A.T.); es Jesucristo mismo esa Palabra (Act 9, 20; 18, 25). El contenido nuclear del kerygma apostólico o anuncio de la Palabra salvadora de Dios, es la Encarnación-Vida-Pasión-Muerte-Resurrección-Exaltación-Juicio: Cristo, Hombre, Señor y Juez Salvador (cf. Act 4, 8; 5, 29; 2, 32; 3, 15; 10, 42; 2, 36; 3, 15).

San Pablo expresa, con su vigor propio, la conciencia que tiene de que la revelación del Señor glorificado está en el origen de su anuncio de la Palabra, y es su contenido dinámico (2 Tim 2, 8-9; cf. Heb 1, 1).

El Apocalipsis llama a Jesucristo «Amén» de Dios: su «fidelidad», cumplimiento de su Palabra (Ap 3, 14); y también afirma solemnemente que Jesucristo es la «Palabra de Dios» (Ap 19, 13).

Jesucristo es «la autoexpresión de Dios» (K. Rahner).

b) *En los escritos apostólicos.*

Hay una clara «personificación» de la Palabra de Dios que anuncian los Apóstoles a partir de Pentecostés; personificación que se expresa en presencia y actividad personal del Señor allí donde se hace el anuncio; esto califica la palabra de los Apóstoles de auténtica Palabra de Dios (cf. Act 2, 4; 4, 31; 12, 24; 10, 20, 6, 7).

San Pablo expresa con fuerza su convicción de que anuncia la Palabra de Dios (Rom 15, 18-19; 1 Tes 2, 13; 1 Pe 1, 25).

El hecho de que el anuncio de los Apóstoles sea Palabra de Dios, con esa fuerza de presencia y de acción divina, hace comprensibles, en sentido dinámico y existencial, los nombres y adjetivos que recibe la Palabra de Dios: «Palabra de Salvación»: Palabra que *es* Salvación y que salva (Act 13, 26); «Palabra de vida: Palabra que *es* vida y vivifica (Fil 2, 16); «Palabra viva y eficaz...» (Heb 4, 12 ss.), Palabra que *es* verdad (Ef 1, 13); Palabra que reconcilia (2 Cor 5, 19); Palabra que engendra la una vida incorruptible (1 Ped 1, 22-25); Palabra que es capaz de salvar nuestras almas (Sant 1, 21); Palabra que permanece eternamente (1 Pe 1, 25); Palabra que santifica (1 Tim 4, 4); Palabra que «edifica» (Act 20, 17-32); Palabra que es «poder de Dios» (1 Cor 1, 17-18; Rom 1, 16-17).

Todo ese dinamismo, esa eficacia salvadora de la Palabra de Dios, explica su relación con la fe que justifica y salva (Rom 10, 14-17; cf. 1 Cor 2, 4-5; Act 6, 7).

El contenido de esa Palabra de Dios es la «buena nueva» (1 Pe 1, 25), que es «todo lo que hizo» Jesús (Act 10, 39); es Jesucristo Resucitado de entre los muertos (2 Tim 2, 8-9); es la persona de Jesús como Salvador (Act 9, 20).

En resumen: la teología bíblica sobre la Palabra de Dios, describe su naturaleza a partir de los datos revelados, como un modo de ser y obrar Dios, un modo de hacerse presente, activo y salvador entre los hombres.

Es un modo de manifestarse, revelarse, actuar, obrar, llamar comprometer, entrar en diálogo y en comunión de vida.

Resumamos diciendo que la Palabra de Dios es Dios mismo haciéndose presente, expresándose, obrando, comunicándose.

Schillebeeckx lo dice así: «la Palabra de Dios es Dios mismo llamando al hombre al diálogo y a la comunión de vida»⁴.

Mowinkel, así: la Palabra de Dios «es, por decirlo así, el ser de Dios en su actividad *ad extra*».

De nuevo tenemos, desde la Biblia, esa Palabra-Persona, Palabra-Presencia personal.

Ese modo de ser y obrar Dios en el mundo, modo de hacerse

4. SCHILLEBEECKX, E., *Revelación y teología*, p. 43, Sígueme, Salamanca.

presente, activo y salvador, revelarse y ofrecerse a los hombres, llamarlos y darse en diálogo y comunión, culmina en Jesucristo, su perfecta y definitiva Palabra. Culmina en El, dentro de una economía, de un plan que se realiza en la historia, lo cual nos permite hablar de la historia de la Palabra de Dios.

III.—HISTORIA DE LA PALABRA DE DIOS

Podemos sintetizarla en este cuadro:

a) *Eternidad de la Palabra de Dios*: expresión personal de Dios en su Verbo eterno que es el Hijo. Y diálogo y comunión en el Amor mutuo que es el Espíritu Santo. Palabra intra-trinitaria.

b) *Historia de la Palabra de Dios*:

Tiene dos grandes etapas:

1.^a *La Palabra creadora*: acción creadora de Dios: Dios crea por su Palabra (Gn 1, 2). Y esto ya es un modo de expresarse y comunicarse, instaurando el diálogo y la comunión con el fruto mejor de su Palabra creadora: el hombre.

2.^a *La Palabra salvadora*: roto el diálogo y la comunión, Dios expresa su voluntad salvífica y envía en misión salvadora su Palabra, que busca a los hombres, los llama y los dispone al diálogo y la comunión. La Palabra de Dios realiza esta misión salvadora con un ritmo creciente que tiene tres tiempos: el tiempo de Israel, la plenitud de los tiempos y el tiempo de la Iglesia. Orientados los tres en evolución perfecta hacia el «fin de los tiempos», cuando la comunión llegará a su plenitud y se eternizará: total salvación gloriosa.

En el tiempo de Israel, que es siempre de preparación, Dios envía su Palabra a través de sus hombres. Se resume la Palabra de Dios en este tiempo en «la Ley y los profetas». Ya hay presencia y hay acción salvadora de Dios en su Palabra, que anuncia e inicia la Salvación. La Palabra de Dios cae sobre los hombres y se hace norma, luz, camino, solución de su vida. «Vivimos de

todo lo que sale de la boca de Dios» (Deut 8, 3). Cuando Moisés se despidió del Pueblo y les da la Palabra de la Ley, les dice, «atención a estas palabras», y les compromete a «guardarlas», a cumplirlas y hacerlas cumplir: «no obraréis en vano, porque esta Palabra es vuestra vida y por ella viviréis largamente en la tierra de promisión» (Deut 32, 45-48).

Pero, todo en este tiempo es figura, preparación, anuncio y profecía de una presencia nueva y una acción salvadora definitiva de Dios en su Palabra sustancial, que será pronunciada históricamente en la plenitud de los tiempos.

En la plenitud de los tiempos, Dios se expresa para los hombres en su Verbo, en su Palabra sustancial: la más alta expresión personal del Padre se hace presente y se comunica a los hombres en Jesucristo.

La continuidad que hay entre los dos tiempos, permite decir a San Pablo: «muchas veces y de diferentes maneras habló Dios a nuestros Padres por los profetas, pero en nuestros días, que son los últimos, Dios nos ha hablado de una vez para siempre en el Hijo» (Heb 1, 1).

Jesucristo es la Palabra definitiva, de Dios a los hombres, porque es la expresión total de su Vida. Expresión, llamada, diálogo, donación. Dios nos expresa en Jesucristo todo lo que El es para nosotros. En El se hace presente, y se nos comunica y nos salva. Jesucristo es, personalmente, la Verdad y la Vida de Dios comunicada a los hombres: «Yo soy la Verdad y la Vida», «quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 6-11).

Todo en Jesucristo es «Palabra de Dios»: expresión de Dios para nosotros y comunicación interpersonal. Pero, donde esta Palabra se muestra más «elocuente», más expresiva, más eficaz y salvadora de nuestra vida, es en la pasión-muerte-resurrección de Jesús, culminación de su vida, de sus palabras y sus obras. Expresión y donación de todo lo que es Dios para nosotros: caridad ilimitada. «Dios es caridad. La caridad de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo para que nosotros vivamos por El» (1 Jn 4, 8). «Con su muerte destruyó nuestra muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida» (prefacio pascual del misal romano).

O sea, que la Palabra definitiva de Dios es la Persona de

Jesús, sus Hechos históricos personales y salvadores, la Vida de Dios expresada y comunicada en Jesucristo -muerto-resucitado-exaltado junto al Padre-presente y activo en la Iglesia. Persona, Hechos, Vida y Presencia, que tienen un «significado» decisivo para la existencia humana. Son «valores» que comprometen la vida de todos, pues la transforman, le dan un rumbo, una trascendencia y una anchura de inmortalidad, y le imprimen el ritmo nuevo de la caridad —el amor universal a Dios y a los hombres— a partir de un ser nuevo y un nuevo Espíritu que se participa en Jesucristo Resucitado, adhiriéndose a El como Salvador por la fe y los sacramentos.

En el tiempo de la Iglesia, a partir de los Apóstoles, se predica a todo el mundo «el evangelio», según el mandato de Jesús, para la salvación por la fe y los sacramentos (Mc 16, 15).

Se trata del «evangelio de la gracia» (Act 24, 24): «el mensaje de la salvación» (Act 13, 16); «lo que concierne a Jesús» (Act 18, 25). Que Jesucristo crucificado (Act 4, 8; 5, 29), ha resucitado de entre los muertos (Act 2, 32; 3, 15), y ha sido exaltado, glorificado, constituido Juez de vivos y muertos (Act. 10, 42), Señor y Cristo (Act. 2, 36), y en El se nos da la Salvación: El es «el Príncipe de la vida» (Act 3, 15).

Ese es el contenido definitivo de la predicación hasta el fin de los tiempos: la Palabra de Dios que es Jesucristo, Señor y Salvador de nuestras vidas. La última Palabra de Dios. Como dice nuestro Juan de la Cruz: «Dios no nos puede decir más, pues nos lo ha dicho todo en Jesucristo» (*Subida al monte Carmelo*, II, c. 22, 4).

El contenido de nuestra predicación es la Persona misma de Jesucristo, su Vida, sus Hechos que culminan en su muerte-resurrección-exaltación y se actualizan en la Iglesia con Su presencia viva: todo eso, con su alcance de «valor» determinante para todo hombre, de «solución» —salvación— actual de nuestra vida en la inmortalidad por la vida del Resucitado participada por la fe y los sacramentos, en el Espíritu nuevo de un amor universal que hay que vivir diariamente. Un mensaje que es una Persona, una Vida, una amistad, un Amor. Nada de simples ideas, nociones, verdades, abstractas. Por esto Jesús dijo a los Apóstoles al mandarlos a predicar: «daréis testimonio de estas cosas» (Lc

24, 48), «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra» (Act 1, 8). Los lanzó como «testigos» de su Persona, de su Vida, de sus Hechos.

Este contenido definitivo de la Palabra de Dios da a la palabra de los Apóstoles la fuerza, el valor, la realidad de ser Palabra de Dios. Porque no se trata sólo de un contenido ideológico, conceptual, sino que el Señor Jesús está presente y actuante en la Palabra eclesial con el dinamismo salvador de sus Hechos.

IV.—LAS FORMAS DE LA PALABRA DE DIOS

El sentido original, radical y primario de la realidad que llamamos Palabra de Dios, es, pues, según hemos visto, esa presencia personal de Dios en el mundo para salvar a los hombres y llevar la historia a su perfección. Presencia y actividad de Dios que en El son eternas, pero que se realizan en la historia, y por ello mismo, se concretan en signos, en formas históricas, humanas, se encarna. Esto funda lo que llamamos «formas» de la Palabra de Dios.

La forma primaria, directa y plena, de la Palabra de Dios es Jesucristo. En cuanto que es Dios-Hombre, el Verbo encarnado, la presencia y la acción de Dios en cuerpo visible, terrestre. En Jesucristo-Palabra todo es Palabra de Dios: no sólo sus palabras, sino su misma presencia, su actividad, sus gestos, sus milagros: todo es revelador, todo expresa y ofrece la presencia personal de Dios, su actividad salvadora.

Las formas derivadas. Por la Resurrección, Jesucristo ha superado la dimensión espacio-temporal terrestre. Su Humanidad ha sido glorificada. Y El se ha escogido un «Cuerpo eclesial», una comunidad de creyentes, como nueva visibilidad de su presencia y su acción salvadora que ahora es universal. Según esto, la Iglesia nace de la Palabra de Dios que es Jesucristo; y la Iglesia es, ella entera, Palabra de Dios. *Forma general derivada* de la Palabra de Dios que es Jesucristo. Y es también la Iglesia,

el lugar, el ámbito de las formas derivadas particulares o concretas, o parciales, de la Palabra de Dios.

Como ocurría con Jesucristo, en la Iglesia son *formas parciales de la Palabra de Dios* cuantas realidades sensibles, audibles, visibles, significan, expresan y causan de algún modo la presencia de Dios en Jesucristo, la presencia activa y salvadora del Señor. Como en Jesucristo, también en la Iglesia, los gestos, los signos, las personas en cuanto creyentes, en cuanto arrancados del mal y de la muerte por Jesucristo, unidos a El, animados por su Espíritu, y su fe, su caridad, su vida toda, todo es Palabra de Dios; los acontecimientos, los sucesos «significativos» de presencia, voluntad, acción de Dios en nuestra historia.

Obsérvese que estamos en un concepto análogo de Palabra de Dios, inherente necesariamente a las «formas de la Palabra de Dios». Es importante no restringir la realidad de la Palabra de Dios a sólo el lenguaje hablado o escrito. Sin embargo, hay que reconocer una peculiaridad en estas dos formas de la Palabra de Dios que son la palabra de las Escrituras y la palabra transmitida oralmente por la Iglesia. La excelencia de la palabra en el hombre como realidad personal e interpersonal (cf. la fenomenología de la palabra), hace de ella el gran signo, la gran forma eclesial de la Palabra de Dios. Desde el momento en que Dios se revela a los hombres, se hace presente entre ellos y para ellos, se ofrece, actúa, se comunica a ellos, surge la palabra como el gran instrumento de la Palabra de Dios que es El mismo presente, revelante, salvador.

La Palabra hablada y la palabra de las Escrituras —las dos formas centrales de la Palabra de Dios— no son independientes. Ninguna forma de la Palabra de Dios es independiente de las demás en la Iglesia. Todas están referidas a la Iglesia, Palabra ella misma, y relacionadas entre sí. Pero estas dos formas de que hablamos, están relacionadas de manera especial (cf. la Constitución sobre la Divina Revelación, del Concilio). Son dos formas complementarias, hasta el punto de que la Palabra en la Iglesia fue primero tradición oral, luego se escribió bajo «inspiración», y ya, ésta Palabra de las Escrituras es fuente inagotable de toda Palabra proclamada y hablada en la Iglesia. La forma oral de la Palabra, es servicio a la Escritura proclamación, explicación, y la forma escrita debe hacerse forma oral

para desplegar su propio dinamismo de Palabra de Dios, debe acontecer testimonialmente en la vida de los creyentes, en cada comunidad en un grupo, en alguna persona; o al menos, el creyente debe «escucharla» en su lectura en privado. La relación interpersonal decisiva Dios-creyente, creyente-Dios, debe ocurrir.

Para entender el «fenómeno» dinámico de la Palabra en las Escrituras, piénsese en la fenomenología de la palabra humana transmitida y «escuchada» por escrito, a nivel profundo. En la forma escrita de la Palabra de Dios, tenemos la inspiración, la interpretación autorizada de la Iglesia, la proclamación testimonial, y el escuchar en la fe; o, al menos, ese «escuchar» del creyente en la lectura en privado. Esos cuatro aspectos marcan el dinamismo de la Palabra de Dios en su forma escrita.

Y para entender la realidad de la forma oral de la Palabra de Dios transmitida por la Iglesia, ilustra el fenómeno humano de la transmisión de la palabra interpersonal profunda, «significativa», por medio de otra persona. En la forma oral de la Palabra de Dios, tenemos la «misión», la fidelidad testimonial, y, por parte de los oyentes, el compromiso de escuchar y responder, siendo, como es, una Palabra «significativa» para ellos.

V.—ANÁLISIS TEOLOGICO DE LA PALABRA DE DIOS

1. resaltemos una vez más el carácter primordial de la Palabra de Dios: es Palabra-Persona-Presencia activa y salvadora; y, por ello, perennemente actual. Es un punto central en la teología de la Palabra de Dios, decisivo para el servicio oral de la Palabra.

2. el carácter dialogal de la Palabra de Dios nos constituye a los hombres en «tú», en «vosotros», de la Palabra de Dios (tú y vosotros no «necesario» por parte de Dios, sino gratuito). De aquí el dinamismo interpersonal de la Palabra de Dios: su referencia continua a los hombres comprometiéndoles a una respuesta; nunca es algo en sí, la Palabra de Dios, sino Dios en referencia a los hombres.

3. Por su Palabra, Dios manifiesta su pensamiento, su plan, su voluntad; y por su Palabra lo realiza ya, pues, en su Palabra, El se hace presente, se revela y obra, se comunica, se da perso-

nalmente a través de su Palabra. Dos dimensiones tiene, pues, la Palabra de Dios:

— dimensión nocional: como expresión y presencia del Dios Inteligente e inteligible a seres inteligentes; «conceptualización» de la Palabra de Dios.

— dimensión dinámica, existencial: expresión y presencia del Dios viviente y vivificante para los hombres vivientes; «eficacia» de la Palabra de Dios.

Eso explica que Jesucristo, que es 1) el Verbo, 2) sustancial del Padre, se haga para los hombres Palabra: 1) Luz y 2) Vida.

3. Admitido el sentido original, radical, primario, que hemos dado a la realidad llamada Palabra de Dios, teológicamente surge el asunto de la «presencia de Dios en su Palabra», y de la «eficacia» de la Palabra de Dios como «instrumento» de gracia y salvación. Todo esto, en realidad no hace problema si lo referimos sólo a ese sentido primario, original y radical, de la Palabra de Dios; si su Palabra es originalmente presencia y acto personal suyo, no puede negársele esa eficacia y esa presencia propias de su Persona. Dios obra por su Palabra. Negarlo sería negar el presupuesto mismo —ya admitido— del sentido original de esta realidad que llamamos y es «Palabra de Dios». Los problemas surgen cuando se trata de ver la presencia, la acción personal, la eficacia y la gracia en las «formas» de la Palabra de Dios. Pero, a este nivel de los problemas estos son más propios del tema del «sujeto agente» del servicio de la Palabra; porque en este tema están mejor situados otros problemas para resolverlos.

4. Las dos dimensiones de la Palabra de Dios arriba anunciadas, nos hacen pensar en la estructura dialéctica «palabra-obra», que tiene la Palabra de Dios. Estructura que es interior a la Palabra misma: Dios obra por su Palabra, que no es sólo luz, sino fuerza, no sólo verdad, sino vida: es «luz» y «verdad» en el sentido bíblico que incluye en estos términos la fuerza y la vida misma de Dios. Y esa estructura interior a la Palabra, se exterioriza con la Palabra misma: de forma que en la Historia de la Salvación, en todas sus etapas, la realidad total «Palabra de Dios» se articula en Palabra-suceso y Palabra-palabra, o Revelación-Suceso y Revelación-Palabra. Esto en el tiempo de Israel;

en la plenitud de los tiempos —Jesucristo es personalmente el gran Suceso o Signo y la gran Palabra; y El actúa en «obras y palabra»—; y esto mismo en la Iglesia: ella es Suceso, Signo, y ella es Palabra; y en el seno de la Iglesia, en su mediación salvadora, la palabra y las obras o signos son esenciales en todo su actuar. Y en el culto tenemos la misma estructura: Palabra-Sacramento; (se puede decir, enlazando con el obrar y el decir de Dios, que en Cristo, la Iglesia también obra por la Palabra y habla por el Sacramento). La Palabra anuncia los hechos, los explica y hasta los causa. Los hechos o signos —hechos «significativos»— reclaman la Palabra explicitadora para ser conocidos como revelación, presencia, acción de Dios. Los Hechos sin la Palabra, serían incomprensibles; la Palabra sin los Hechos, sería increíble.

VI.—CONCLUSIONES PARA LA PREDICACION Y LA CATEQUESIS

1. La Palabra de Dios no es lo que es Dios en sí mismo, al margen de los hombres, sino lo que es Dios *para* los hombres. Todo lo que Dios nos ha revelado de sí mismo, lo ha manifestado con proyección a los hombres, en relación a nosotros, para la salvación.

Consecuencia: en la predicación, en la catequesis, en la iniciación a la fe, no sirven las disquisiciones abstractas acerca de lo que Dios pueda ser en sí mismo al margen de los hombres; no sirven las elucubraciones sobre los Misterios de Dios sin proyección a la vida de los hombres. Todo tema de la Palabra de Dios, debe tener una dimensión de «revelación», de «valor» iluminador y solucionante del vivir de los hombres, una dimensión de fuerza comprometedora y salvadora de la existencia humana. Al preparar cualquier predicación o catequesis, es preciso preguntarse: y esto, para esos a quienes les voy a hablar, ¿«qué»? Pensar en concreto la dimensión de vida y de fe, las actitudes, que debe iluminar, comprometer, enriquecer, orientar, transformar, salvar, esa Palabra de Dios que vamos a transmitir y explicar.

2. La Palabra de Dios no es un sistema de ideas, sino un «mensaje».

El sistema de ideas ve e interpreta la realidad en un sistema coherente de doctrina reducible a unos primeros principios evidentes y demostrables. Y ahí estriba su validez. Es apersonal, objetivo. Se transmite por enseñanza.

El mensaje supone un sistema de ideas, pero no se limita a él. Porque no se limita a interpretar la realidad, sino que aspira a transformarla. Es una rebelión contra la realidad. Es personal, es subjetivo. Y en su transmisión implica compromiso, testimonio.

Un sistema de ideas es el materialismo de Feuerbach. Un mensaje es el materialismo de Marx, que dijo: «él interpreta la realidad, yo aspiro a transformarla».

Consecuencia: en la predicación y en la catequesis, no basta con poner en claro el contenido o dimensión conceptual o ideológica de la Palabra de Dios. Se trata sobre todo de poner al vivo su realidad de «mensaje» transformador de la realidad de la vida de los hombres, por la fuerza transformante del Espíritu, Vida, Amor de Dios en Cristo Resucitado.

3. La Palabra de Dios es un «mensaje» que, además, se identifica con el Mensajero, con la Persona de Dios, con Jesucristo. Y, así, el contenido u «objeto» de la predicación y de la catequesis es un «Sujeto».

Jesucristo no dijo: «yo os enseñaré la verdad, yo os mostraré el camino, yo os daré la vida». El dijo: «yo soy el camino, yo soy la verdad, yo soy la vida».

Consecuencia: en el fondo de todos los temas de la Palabra de Dios y de todos los Hechos de su historia, de lo que se trata siempre en la predicación y en la catequesis, es de presentar la Persona de Jesucristo a un conocimiento creciente de fe, que es reconocimiento de su mesianismo, de su poder Salvador, de su divinidad, de su Resurrección, y del alcance de «valor» significativo que esto tiene para la vida y la muerte, para la solución de la existencia. Conducente todo a una adhesión personal total, con todo lo que implica.

VII.—LAS LEYES DE LA PREDICACION Y LA CATEQUESIS, COMO SERVICIO DE LA PALABRA DE DIOS

La naturaleza y la historia de la Palabra de Dios, tal como las hemos estudiado, imponen a la predicación y a la catequesis unas leyes que miden su autenticidad cristiana. Desde el momento en que la predicación y la catequesis son «servicio de la Palabra de Dios», este contenido original y peculiarísimo que es la Palabra de Dios, marca con plena originalidad las leyes generales de esta peculiar comunicación interpersonal que es la predicación, la catequesis.

1.^a ley: *predicación y catequesis viva.*

Predicar, catequizar, iniciar a la fe, no es simplemente enseñar verdades, es anunciar una persona, unos hechos personales..., es transmitir la llamada personal de Dios en Jesucristo. Es ofrecer el amor de Dios en Jesucristo. Es comunicar vida: «engendrar en Cristo» (Confer, 1 Cor 4-15). No es un simple juego intelectual y memorístico: desde la fe y la vida, se orienta a la fe y a la vida.

2.^a ley: *predicación y catequesis positiva.*

El contenido de la predicación es el don personal de Dios en Jesucristo como luz, fuerza y vida de los hombres, porque transforma y resuelve su existencia, la construye, la enriquece, la inmortaliza, la salva. Algo muy positivo. Para pedir a los hombres que respondan a Dios, hay que ofrecerles antes su don personal. Dar antes de pedir. Jamás un imperativo, sin enunciar un indicativo: lo que Dios es para ellos, lo que Dios hace por ellos, lo que Dios hace en ellos.

Hay que unir a los hombres con Dios, no enfrentarlos a El. Que no nos mandó Dios a condenar, sino a salvar. Hay que facilitar, favorecer la respuesta afirmativa, la adhesión viva y libre. Predicación y catequesis «positiva», constructiva, salvadora, no destructiva, no negativa. Exigente, pero con la exigencia del positivísimo don de Dios.

3.^a ley: *predicación y catequesis histórica.*

La Palabra de Dios es una realidad «histórica». Por tanto, la predicación es proclamar una Historia de Salvación, introducir a los hombres en esa historia, en los hechos históricos de salvación realizados de una vez para siempre y que alcanzan a todos los hombres. En las verdades, hechos, sucesos, en la vida de Cristo, en sus misterios, su Pascua y su Persona que se anuncian y se transmiten por la predicación, lo decisivamente importante no es su realidad objetiva e histórica en sí misma, sino su fuerza de «mensaje», su peculiar «significación», su alcance de «valores» que conciernen a la vida humana; esto es algo que no se aprende sólo con el estudio: se penetra por la fe, por la experiencia: «creí, por esto hablé».

Lo importante de los hechos históricos no es que hayan ocurrido, sino que estén alcanzándonos y comprometiéndonos. Su calidad salvífica perennemente actual.

4.^a ley: *predicación y catequesis cristocéntrica y pascual.*

Todo el contenido de la predicación debe desplegarse a partir de la Persona de Cristo, y, desde cualquier tema, debe concentrarse en la Persona de Cristo. Con la anchura de toda la Historia de la Salvación y sobre el terreno de todos los aspectos de la vida actual de los hombres, pero con Jesucristo salvador como centro y solución de todo. Desde Cristo y hacia Cristo, todos los temas deben proponerse «salvar la vida de los hombres en Jesucristo».

Este cristocentrismo del servicio de la Palabra procede de que la plenitud de la Palabra de Dios es Jesucristo.

Cristo es ya la Palabra definitiva de Dios a los hombres. Y la culminación de esta Palabra, en su elocuencia y su eficacia, es la Palabra de Cristo: Pasión, Muerte, Resurrección, Exaltación, presencia actual en la Iglesia por su Espíritu. Por esto, la predicación cristiana debe ser «pascual» (pero teniendo cuidado de no abusar del tecnicismo; dando más bien su contenido que su nombre técnico, o por lo menos no dando nunca su nombre técnico sin explicitar su contenido).

En la Pascua de Cristo es preciso unificar todos los misterios

y aspectos de la Persona y la misión del Salvador. Predicar un Cristo entero, y no un Cristo a pedazos: un Cristo Juez-Salvador; un Cristo Término-Camino. Un Cristo Ideal-Fuerza y Vida. Un Cristo Encarnado-Pneumatizado. Un Cristo Muerto-Resucitado... Hasta dar madurez de unidad interpersonal a la fe, la caridad, la esperanza y la vida de los creyentes.

5.^a ley: *predicación y catequesis para los hombres de hoy.*

La Palabra de Dios no es lo que es Dios para el hombre «in genere»; este hombre no existe, es una ficción de la filosofía; tampoco es lo que es Dios para los hombres de ayer, sino lo que es Dios para los hombres de hoy.

El «hoy» de los hombres condiciona la predicación, no sólo en su forma, sino hasta en su contenido, en cuanto que lo especifica. Cada tiempo de la historia y cada edad de la persona tienen modos de ser diferentes, con situaciones distintas y distintos problemas, a los que debe responder la Palabra de Dios. Por eso, una predicación general, abstracta, que sirva para todos, y para siempre, en realidad no sirve nunca para nadie; y esta predicación no es cristiana: falta a la ley de la encarnación.

Debemos sondear continuamente el «hoy» de los hombres, para dar garra al contenido de nuestra predicación. No como sondea el «hoy» de la masa un propagandista, un político o un simple psicólogo. Porque el cristianismo —la Palabra de Dios— no es un producto comercial, ni un partido político; ni los hombres son conejillos de indias. El Cristianismo es Cristo y los hombres son nuestros hermanos. Se trata de vivir el «hoy» de los hombres al nivel de la fe y la caridad. Compartir su vida, sus riesgos, su suerte y sus problemas.

En la predicación y la catequesis, la Palabra de Dios necesita un lenguaje nuevo para los hombres de hoy.

6.^a ley: *predicación y catequesis a nivel de testimonio.*

El servidor de la Palabra de Dios, por la predicación a la catequesis, no queda al margen de la Palabra que anuncia. Es un testigo. Sólo desde la fe se es servidor de la Palabra. «Creí,

por esto hablé». Si no se cree, no tiene sentido hablar. El testigo está tan relacionado con la realidad de que da testimonio, que ésta llega a ser parte de su vida. Y así su vida, su persona, todo él se hace parte —signo visible— de la Palabra que anuncia.

Acaso hoy la predicación y la catequesis necesiten urgentemente hacerse claras, firmes y fuertes con la claridad y la fuerza del testimonio.

BIBLIOGRAFIA

1. Fenomenología de la Palabra:

- ARANGUREN, J. L., *La comunicación humana*. Guadarrama, 1968; sobre todo la 1.^a parte, pp. 11-91; y 137-140, 216-227.
- GRASSO, D., *Teología de la predicación*. Sígueme, pp. 149-151.
- GUSDORF, G., *La parole*, Presses universitaires, Paris 1960; excelente síntesis de 120 pp.
- LATOURELLE, R., *Teología de la Develación*. Sígueme, V parte, cap. 1 (en el original francés, pp. 336-350).
- LAVELLE, L., *La Parole et l'écriture*. L'Artisan du livre, Paris 1959.
- SCHMAUS, M., *La palabra como encuentro humano*, en *Perspectivas cristianas*. Sígueme, pp. 89 ss.
- SCHÖKEL, L. A., *La palabra inspirada*. Herder, Barna 1966; pp. 103-131, sobre todo.
- SCIACCA, M. F., *El silencio y la palabra*. Luis Miracle, Barna, 1961; sobre todo el capítulo «silencio y palabra», pp. 87-139 (se trata de un libro más literario y poético que rigurosamente filosófico).
- VERDONC, E., *Phénoménologie de la parole*, en *Parole de Dieu en Jésus-Christe*, Casterman; pp. 251-267.

2. Teología Bíblica de la Palabra de Dios:

- ARNOLD, F. X., *Palabra de Salvación como palabra al tiempo*, Verbo Divino, 1965, pp. 25-55.
- DUPONT, J., *La Parole de Dieu suivant saint Paul*, en *Parole de Dieu en Jésus-Christ*, pp. 68 ss.
- FLORISTAN, C., en *Teología de la acción pastoral*, BAC, 1968; «el misterio de la palabra de Dios», pp. 308-315; «prioridad profética», pp. 130-132.

- GIBLET, J., *La théologie du Logos selon l'évangile de Jean*, en *Parole de Dieu en Jésus-Christ*, pp. 85 ss.
- GRASSO, D., *Teología de la predicación*, pp. 45-48 (todo el capítulo 2 lo dedica al objeto de la predicación bajo distintos nombres bíblicos: Reino de Dios, Palabra de Dios, Evangelio, Misterio).
- GRELOT, P., *La Bible, Parole de Dieu*. Desclée, 1965, pp. 1-18.
- LARCHER, Ch., *La Parole de Dieu en tant que révélation dans l'Ancien Testament*, en *Parole de Dieu en Jésus-Christ*, pp. 35 ss.
- LATOURELLE, R., *Teología de la Revelación*, la primera parte.
- LEONARD, *La Parole de Dieu, mystère et événement, vérité et présence* (pp. 307 ss.), y *Vers une théologie de la Parole de Dieu* (pp. 11 ss.), en *Parole de Dieu en Jésus-Christ*.
- PETIT, F., *Proclamar la Palabra*, trad., en Paulinas, 1967, pp. 11-47.
- SCHLIER, H. - VOLK, H., *Conceptos fundamentales de la teología*, III. Cristiandad, 1966; «Palabra», pp. 282-333.
- SCHLIER, H., *Rasgos fundamentales de la teología de la Palabra de Dios en el N.T.*, Concilium 33, pp. 363-374.
- SCHILLEBECKX, E., *Revelación-suceso y Revelación-palabra*, pp. 41-56, de *Revelación y teología*. Sígueme, 1968. (El mismo artículo, bajo el título *Parole et sacrement*, en *Lumière et Vie* 46, pp. 24-45).
- SCHÖKEL, L. A., *La Palabra inspirada*, sobre todo, pp. 307-320.
- SEMMELROTH, *Palabra eficaz*, Dinor, San Sebastián; toda la parte primera.
- RAHNER, K., - VORGRIMLER, H., *Palabra*, en *Dic. de teología*. Herder, 1966, pp. 513-515.
- ZIENER G. G., *Palabra*, en *Dic. de teología bíblica*. Herder, 1967; pp. 744-748.